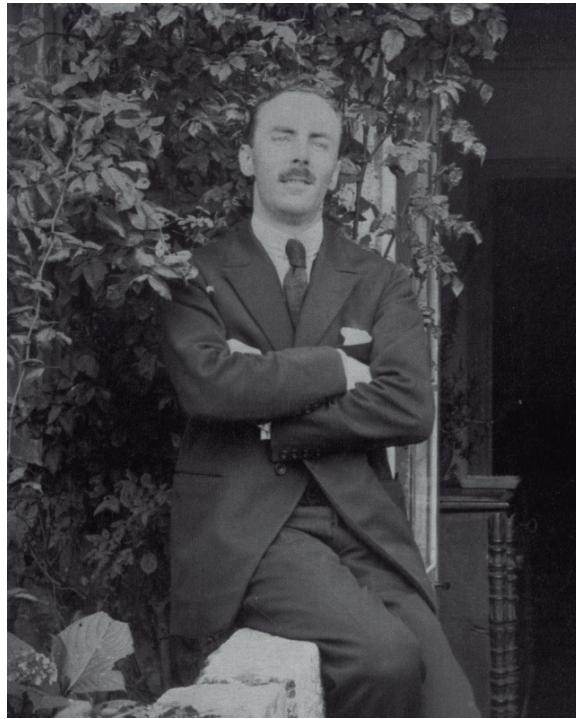


La conservación de la ciudad histórica: teoría y práctica en Leopoldo Torres Balbás

• JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA •

Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Granada



1

LECTURAS Y VIAJES

Leopoldo Torres Balbás (Madrid, 1888-1960) siempre tuvo una intensa preocupación por la ciudad y el territorio, lo que no es de extrañar siendo su padre, Rafael Torres Campos, un eminente geógrafo que, aunque falleciera cuando el hijo tenía solo 16 años, marcó su trayectoria como él mismo reconocería¹. Rafael Torres Campos estuvo vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, en la cual Giner de los Ríos defendió de manera pionera la idea de la ciudad como obra de arte, muy marcado en su sensibilidad por los escritos de John Ruskin o William Morris². Además, el destacado institucionista Manuel Bartolomé Cossío se convirtió en el tutor de Torres Balbás, inculcando en él su amor por las ciudades históricas y artísticas como Toledo³ (fig.1).

Los años en los que Torres Balbás publicó sus primeros escritos coincidieron con un vertiginoso crecimiento y transformación de las ciudades españolas, un periodo del que se ha dicho que

las “fábricas de cemento no daban abasto para cubrir la demanda de una construcción imparable”⁴. Este dinamismo se tradujo en muchas ocasiones en la destrucción del ambiente monumental de muchos centros históricos o en la desvirtuación de sus entornos paisajísticos. El problema estaba en el candelero, pero pocos se preocuparon, más allá de Torres Balbás, de reflexionar sobre él y proponer unas directrices de actuación.

El autor que más influyó en el joven arquitecto, y cuyas ideas nunca le abandonaron, fue Camillo Sitte. Aunque el libro *Construcción de ciudades según principios artísticos* (1889) no sería traducido al español hasta 1926, existían versiones francesas de 1903 y 1918 que manejó⁵. Coincidió con el austriaco en su predilección por los rincones pintorescos –palabra que usa de manera recurrente– antes que por las grandes perspectivas y asimiló bien todas sus reflexiones sobre la escala de las plazas o el ambiente de los monumentos, así como compartía su hostilidad a las plúmbeas geometrías y su preferencia por la escala huma-

na, que las ciudades de origen medieval encarnan muy bien. En cambio, mostró poco interés por las propuestas urbanísticas de los arquitectos de vanguardia, en algunas de las cuales veía una tendencia a la megalomanía y a ignorar los condicionantes geográficos⁶. Lo que Torres Balbás tiene claro es que la ciudad histórica y los ensanches modernos presentan problemas diferentes, y cada ámbito se debe regir por reglas distintas. Aquí es evidente que toma distancias de la pretensión de Camillo Sitte de exportar los valores de las ciudades históricas a los modernos ensanches⁷.

Torres Balbás se lamentaba en 1922 de que las enseñanzas de Camillo Sitte fueran “casi por completo” ignoradas en España y esperaba que obras que vulgarizaban su pensamiento, como el libro *L'Édifice et le milieu* del urbanista Adolphe Dervaux, ayudaran a divulgarlas. A este libro le reprochaba que mientras en “la obra clásica” de Sitte domina la condensación y la síntesis, en la de Devaux todo “es profusión y verbalismo, no exento de errores y puntos de vista equivocados”, aunque sin embargo el libro resultaba interesante “por exponer puntos de vista desconocidos entre nosotros y sugerir muchos más de los que en él leemos”⁸.

De Paul Leon, máximo responsable de la conservación del patrimonio histórico en Francia, le interesa su oposición a adoptar un urbanismo y una arquitectura uniforme en la reconstrucción de las poblaciones destruidas durante la Gran Guerra. Este era un debate candente que Torres Balbás siguió con mucha atención reseñando numerosas publicaciones en la revista *Arquitectura*⁹. De acuerdo con las ideas de Paul Leon, avisa contra el peligro de que “se edifiquen pueblos enteros fabricados en serie, con materiales moldeados, según un modelo uniforme, sin tener en cuenta la vida local, las tradiciones seculares, el modo de división y explotación del terreno”. Y se felicita porque en Francia se haya decidido prescindir de los trazados rectilíneos en las urbanizaciones y adoptar el “estilo propio de cada región y el aspecto artístico de paisaje y sitios pintorescos”¹⁰.

El arquitecto italiano Camillo Boito es un referente más incierto para el joven Torres Balbás, pues sus escritos no estaban traducidos al español ni parece que fueran fácilmente accesibles en nuestro país, si bien sus ideas pudieron llegarle por vías indirectas. Boito estaba en clara sintonía con Sitte en lo que se refiere a la conservación de las ciudades históricas. No en vano para Sitte el arquitecto italiano era la persona que había salvado Venecia gracias a sus artículos contra aquellos intentos de

modernizar la ciudad que dañaban el ambiente urbano y el contexto de los monumentos¹¹.

En España son dos los autores que lee y de los cuales encontramos ecos en sus reflexiones. Uno es Ángel Ganivet, de quien luego me ocuparé y otro es el arquitecto Jerónimo Martorell, a quien conoció personalmente y admiró como restaurador, y de quien publicó tres artículos en la revista *Arquitectura* cuando estuvo al frente de ella. Martorell abogaba, en reconocida sintonía con Camillo Sitte, por poner fin a las grandes transformaciones de los centros históricos de Barcelona y Gerona, apostando “por las líneas sinuosas y accidentadas” y por una cuidadosa adaptación a la vida moderna que respetara y realzara los valores históricos y artísticos¹².

No fue hasta 1926 que Torres Balbás tuvo oportunidad de realizar una breve estancia en Roma y conocer los trabajos dirigidos o inspirados por las ideas de Gustavo Giovannoni. Sin embargo, no se entrevistó con él, sino con el arquitecto Antonio Muñoz, más apegado a las intervenciones estilísticas. También visitó las obras de reforma interior impulsadas por Mussolini, las cuales estaban en las antípodas de los planteamientos teóricos que Torres Balbás había defendido hasta la fecha¹³.

A finales de 1926 tuvo la oportunidad de exponer sus ideas sobre la ciudad en el I Congreso de Urbanismo (XI Congreso Nacional de Arquitectura), acontecimiento de gran calado en la configuración de esta disciplina en España. En él participaron arquitectos muy próximos a Torres Balbás, como Bernardo Giner de los Ríos, Gustavo Fernández Balbuena o García Merca-dal. Este último denunció que no hay urbanistas en España, entre otras cosas porque los más avanzados trabajos se publican en alemán e inglés, idiomas que no sabían leer los arquitectos españoles. Otro arquitecto, César Cort, señalaba que todo estaba por hacer¹⁴. Lamentablemente Torres Balbás no presentó la ponencia que le correspondía, tal y como explicó un periodista que elaboró una crónica del congreso:

Ha faltado una ponencia en España fundamental, la del urbanismo en las ciudades históricas; no porque a los organizadores se les pasara esta realidad, sino porque el arquitecto encargado de redactarla, uno de los más meritorios y más especializados, el Sr. Torres Balbás, conservador de la Alhambra, careció de tiempo para escribirla. Ello ha resultado lamentable, pero, a la vez, permitirá que a la próxima asamblea se presente un trabajo más completo y enjundioso¹⁵.

¿Fue la falta de tiempo la que impidió al arquitecto poner por escrito unas ideas que venía apuntando en numerosos artículos y reseñas? En principio cuesta creerlo de alguien que tenía una extraordinaria capacidad de trabajo y ninguna pereza para escribir. Pero es cierto que en 1926 acometió complejas labores de restauración, que realizó un viaje a Italia y que publicó ocho artículos en varias revistas. Aun así, me inclino a pensar que si no llegó a acometer la redacción de su ponencia fue porque el tema no lo tenía lo suficiente maduro como para elaborar un texto que podía ser objeto de vivo debate. Una cosa era publicar breves artículos en la revista *Arquitectura* tratando aspectos parciales, y otra abordar el peliagudo problema de la ciudad histórica en sus numerosas dimensiones ofreciendo unas orientaciones sólidas para abordarlo. Eso requería realizar nuevas lecturas, meditar y escribir con una serenidad que ni el año 1926 ni los siguientes, plenos de ocupaciones, le ofrecieron.

Entretanto Gustavo Giovannoni progresaba en sus estudios sobre la conservación de las ciudades históricas y finalmente daba a la luz su libro *Vecchie città ed edilizia nuova* (1931), donde reunía los artículos que había ido publicando durante dos décadas en muy diferentes medios. No hay indicios de que Torres Balbás conociera esos escritos anteriores al libro, entre otras cosas porque ni serían accesibles en España ni él estudió la lengua italiana¹⁶. Giovannoni ofrecía una alternativa al modelo de reforma interior que venía practicándose en Europa e Italia desde hacía un siglo, y que denominó *diradamento*. En lugar de abrir avenidas y construir elevados edificios arrasando los centros históricos, lo que había que hacer era sanearlos respetando la arquitectura histórica, la población autóctona y los ambientes. Para ello se suprimirían los añadidos parasitarios en los antiguos edificios, se abrirían los patios cegados, y se dotarían de agua corriente, cloacas y electricidad. Allí donde fuera conveniente introducir luz y aire, se abriría una pequeña plazuela con el derribo de alguna casucha. Este proceso de modernización y saneamiento requería un plan de intervención muy preciso donde un barrio era analizado parcela por parcela.

Fue precisamente en el año en el que Giovannoni publicaba su obra capital que ambos arquitectos se conocieron en Atenas, y será a partir de esa fecha cuando podamos hablar de un intercambio de ideas y publicaciones¹⁷. Sin embargo, es improbable que Torres Balbás estudiara los planteamientos de Giovannoni respecto a la ciudad histórica; más bien existe una afinidad de pareceres entre ambos arquitectos. El español nunca haría

mención del *diradamento*, pues estaba plenamente centrado en sus labores de restauración en la Alhambra, escribía cada vez más sobre el arte de al-Andalus y preparaba sus clases para la Escuela de Arquitectura de Madrid. Demasiadas ocupaciones como para que pudiera centrarse en los debates teóricos sobre la conservación de las ciudades.

Así, las ideas de Torres Balbás sobre la conservación de los centros históricos quedaron diseminadas en numerosas publicaciones de variado género, sin que nunca se sentara a desarrollarlas por extenso para dar a luz una obra de referencia, algo que faltó en España, pero que sí tuvo Italia gracias a Giovannoni. Si su trayectoria como restaurador y gestor del patrimonio no se hubiera visto truncada por la Guerra Civil, es muy probable que, tarde o temprano, hubiera encontrado la motivación suficiente para acometer la maduración y redacción de sus planteamientos de cara a alguna medida legislativa o congreso. Sin embargo, tras superar a duras penas varios procesos de depuración, quedó relegado durante la Autarquía a su puesto de profesor universitario, alejado de toda gestión patrimonial y apartado de cualquier labor restauradora. Su investigación se orientó entonces a la historia de la ciudad y la arquitectura medievales, en especial de al-Andalus, dejándonos consideraciones dispersas que demuestran la firmeza de sus convicciones sobre la importancia de conservar las ciudades históricas como conjuntos coherentes¹⁸.

AMBIENTE, ESCALA Y ARMONÍA

El lugar de la arquitectura histórica no está en los museos, sino en el lugar en el que fue edificada. En un texto manuscrito de sus años de juventud¹⁹ alerta contra el derribo de edificios antiguos bajo la excusa de que sus restos más valiosos serán adecuadamente preservados en un museo:

Las columnas, los frisos, las puertas, los fragmentos de arquitectura esparcidos por nuestros museos, no son más que fríos recuerdos de los edificios a que pertenecieron. No pueden darnos idea de ellos. Fuera de su emplazamiento, en la sala de una construcción moderna, son inexpresivos. Para la historia y la arqueología han perdido la mayor parte de su interés al ser tan solo pequeños restos de un conjunto orgánico desaparecido. Para el arte han perdido todo su valor de obra viva²⁰.

Pone como ejemplo los restos que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional de edificios medievales, como la puerta románica de San Pedro de Arlanza, que se encuentra en una sala atestada de piezas etiquetadas, bajo un cielo raso blanco y

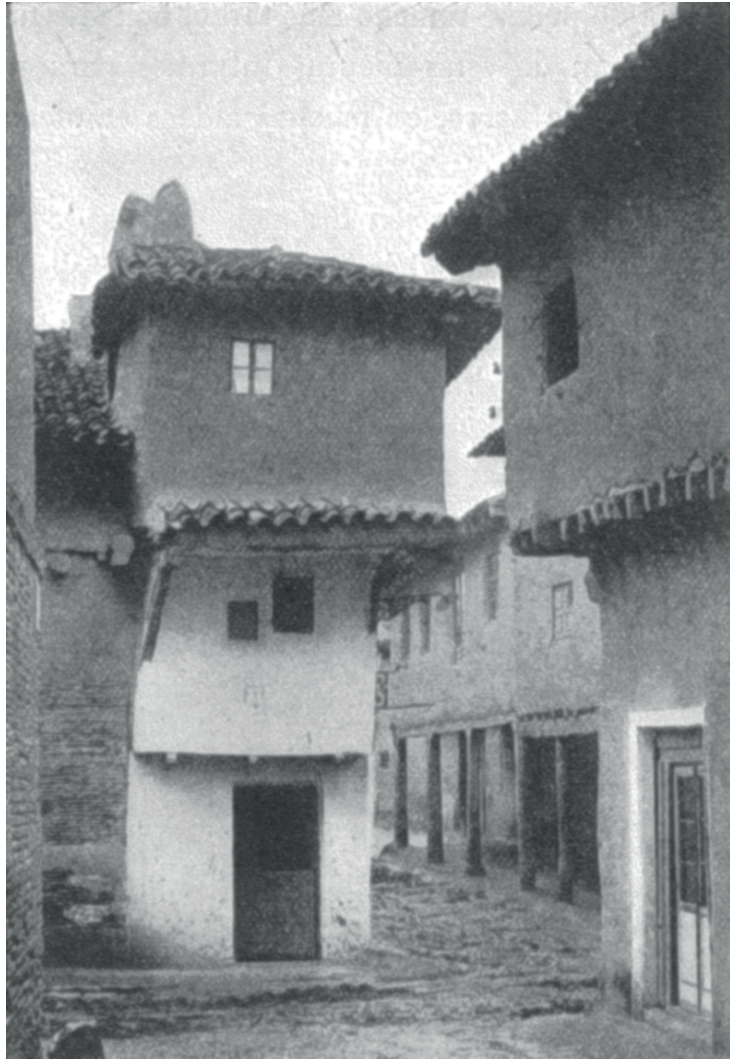


2

una luz fría. Ante la triste impresión que causa, describe como estaría en su emplazamiento original, “un sitio solitario y aparte, abriéndose en un muro románico, viéndose a través de su arco las naves de la iglesia invadidas por la vegetación con la luz del sol acentuando los perfiles de sus arquivoltas y sus decoraciones biseladas”²¹. O sea, frente a la aséptica exposición científica, Torres Balbás contrapone una imagen pintoresca que nos evoca algunas pinturas de Carl David Friedrich en las cuales ruinas y vegetación configuran un ambiente cargado de poesía. Esta sensibilidad romántica le acompañaría siempre.

Tampoco es adecuado aislar los monumentos “derribando las construcciones que les rodean” cercándolos con una verja de hierro y privándoles de su destino. El resultado es que, tras el aislamiento y la restauración, los monumentos quedan “desnudos, solitarios y fríos”, son edificios muertos que han quedado “al margen de la vida de la ciudad o lugar en que se hallan!» y citando al escritor Romand Roland afirma categórico que “no es posible hablar de una cosa bella que podría estar en cualquier sitio, que se amoldaría a cualquier medio”, pues la obra de arte está hecha “para el sitio que define y ocupa”²².

Por tanto, no es suficiente con conservar el monumento en su lugar, sino que hay que preservar además el ambiente. En su célebre texto “El aislamiento de nuestras catedrales”, aparecido en 1919, critica con dureza los derribos que buscan dejar exentos los monumentos en la creencia de que así destacarán más y podrán ser mejor apreciados. Este proceder, practicado en la Francia decimonónica por Viollet-le-Duc, se había llevado también a cabo en España. Cita como ejemplos la Catedral de Burgos (fig. 2), donde su antiguo e influyente profesor Vicente Lampérez fue uno de los promotores del derribo de los edificios que la rodean, y la Catedral de León, donde actuó Demetrio de los Ríos, aún con más contundencia. A consecuencia de ello han quedado rodeadas de amplias plazas y edificios de crecido volumen, todo lo cual ha perjudicado la correcta visión de esos templos, que se han visto, además, privados de un entorno tranquilo. Estas intervenciones contrastan con las de Roma y toda Italia, donde la mayoría de los templos tienen adosados edificios. Incluso en países donde tiempo atrás prevalecieron los criterios del barón de Haussmann y de Viollet-le-Duc, como Francia, Bélgica y Alemania, el aislamiento de monumentos es ya condenado. Los prejuicios de los modernos munícipes y ur-



3

banistas los atribuye, en clara sintonía con Camillo Sitte, a su formación estética en el clasicismo, o sea, al culto a la simetría, la regla y el compás. Así, por mucho amor que digan profesar por los monumentos, lo único que logran es desfigurarlos al aplicarle preceptos opuestos a aquellos con los que fueron concebidos. “Toda obra de arte concibiose para vivir en un cierto medio; al modificar este, se le quita una parte muy importante de sus cualidades”²³.

Esta preocupación por la escala y armonía ya la había expuesto en uno de sus primeros artículos, en el cual denunció que en “Castilla existe un verdadero afán por destruir lo viejo y pintoresco de su caserío: las viviendas de soportales, los pasadizos que cruzan las estrechas calles, las iglesias viejas, todo lo que presta a esas villas su inolvidable y característico aspecto”²⁴ (fig. 3).

Las nuevas construcciones de gran altura, sean del estilo que sean, rompen la escala y desvirtúan el contexto de los monu-

3 Casas en Villalón, provincia de Palencia (foto de Torres Balbas publicada en *La vivienda popular en España*, 1931).

mentos. Aunque reconoce que en España no se construyen rascacielos comparables con los que pueden verse en Estados Unidos, y aunque él no siente animadversión hacia una tipología que representa la modernidad, hay que evitar su introducción en los centros históricos, los cuales se caracterizan por el dominio de las líneas horizontales²⁵. El rascacielos es propio de grandes ciudades como Nueva York, por lo que al trasplantarlo a una ciudad española se convierte en una “ridícula parodia”²⁶ y quedaría como una exótica edificación arrojada “de un lejano continente a nuestro ambiente urbano”²⁷.

Esto lo escribe el mismo año en el que su amigo Gustavo Fernández Balbuena vuelve fascinado de los Estados Unidos y publica un agudo artículo sobre la importancia de estas construcciones en la evolución de la moderna arquitectura. Pero Balbuena, como Torres Balbás, ve estos edificios como una manifestación de la vitalidad económica de los Estados Unidos, y no aboga por su introducción en España, cuya realidad es bien distinta. De hecho, cuando se convierte en arquitecto municipal de Madrid y realice innovadores proyectos urbanos para el río Manzanares, no pensará en implantar rascacielos²⁸.

Frente al autismo de las nuevas construcciones, levantadas sin tener en consideración el contexto urbano, Torres Balbás se manifestó partidario de una legislación urbana que prohibiera los edificios que rompen la escala y la armonía, similar a las que ya se habían implantado en algunas ciudades europeas para preservar su aspecto artístico evitando las construcciones que no armonizaban con los edificios próximos. Y recomienda a los arquitectos que antes de sentirse coaccionados en su libertad artística, sean capaces de concebir proyectos adaptados al “ambiente en que se van a realizar”²⁹. Así se evitará que pase como en Madrid, “en donde vemos inmediatas las cosas más heterogéneas”. Alaba, por el contrario, la “armonía” que ve en las calles de París, donde las “construcciones modernas no disuenan, no chocan con las cercanas”, como ocurre con el teatro de Champs Elyssées de Auguste Perret, edificio con estructura de hormigón armado y un diseño clásico-racionalista. Y aprovecha para destacar que la monotonía es compensada por el “refinamiento” que se alcanza cuando “trabajando generaciones y generaciones en el mismo sentido, han logrado crear algunas formas depuradas”³⁰.

4 Solar del antiguo Colegio de San Fernando sobre el que se edificará la casa de los Sacristanes (foto de Torres Balbás, en el Archivo Histórico de la Alhambra).

Su interés por no alterar el entorno de los monumentos conecta con su atención hacia la arquitectura vernácula, en la que ve tanto un bien de elevado valor histórico que nos habla de la historia y costumbres de los españoles, como una fuente de inspiración para una arquitectura que sea moderna en su sobriedad y supere el monumentalismo historicista³¹.

En 1923 Torres Balbás redactó un trabajo sobre la vivienda popular en España³². Su tesis central es que las edificaciones vernáculas están marcadas por el contexto y los materiales disponibles en él, que son los que determinan la búsqueda de soluciones. Esta arquitectura es, pues, “una pura creación del medio” y un producto de la “necesidad”. Supone una lección de arquitectura y una expresión cultural que es preciso estudiar antes de que desaparezca por completo por la “radical y rápida transformación de la vida a la que estamos asistiendo”, y que impone de modo “fatal, la vivienda tipo”³³.

En los años siguientes su posición evolucionará hacia lo que él llamará “un sano regionalismo racionalista”, distanciado tanto del historicismo como de los vanguardistas. Así, cuando en los años treinta el gobierno de la República le encargue la construcción de unos colegios en la montañosa región de las Alpujarras, explicará en una conferencia que ha apostado por una depurada arquitectura de factura tradicional tanto porque es la más económica, dados los materiales y la mano de obra disponible, como por ser la que mejor armoniza con el lugar en el que se inserta, pues se relaciona sin disonancias con el caserío, el paisaje y las iglesias mudéjares de aquellos pueblos. Para ello tiene en cuenta parámetros como el emplazamiento, la disposición de masas y la entonación de las fachadas. Gracias a ello los colegios construidos por él y otros arquitectos de la Oficina Técnica para la Construcción de Escuelas “forman parte, en muchos pueblos, de un perfecto conjunto artístico que los siglos han contribuido a formar y que no debe, de ninguna manera, alterarse”. Son “construcciones perfectamente enraizadas en el lugar en que se levantan”³⁴.

Mientras Torres Balbás mostraba esta sensibilidad hacia la trama histórica y la escala de la arquitectura vernácula, los arquitectos del GATEPAC ridiculizaban a Camillo Sitte, a quien identificaban con las ideas conservadoras³⁵. No es de extrañar



4

que Torres Balbás cargara contra ellos denunciando su formalismo, en el que veía más culto a la moda que coherencia con ese racionalismo y funcionalidad del que alardeaban³⁶.

COMPLETAR UNA LAGUNA EN EL TEJIDO HISTÓRICO

En 1929 el arquitecto se vio envuelto en la polémica cuando recibió el encargo de construir una casa para los sacristanes junto a la Catedral de Granada. El solar donde debía intervenir era una porción del que ocupara el antiguo colegio de San Fernando, un edificio adosado a la Catedral que fue demolido en 1922³⁷. Contra su derribo se habían alzado voces como la de Federico García Lorca, pero no fue paralizado³⁸. Cuando Torres Balbás llegó a Granada no pudo menos que lamentar que este bello y pintoresco rincón, “de los pocos que van dejando en esa ciudad”, hubiera perdido su belleza por “el empeño absurdo de aislar los monumentos” y ensanchar una calle³⁹ (fig. 4).

La controversia que había acompañado en el pasado al derribo iba a reabrirse con el proyecto de Torres Balbás. En un artículo

publicado en un diario local argumentó que había dos opciones, la de levantar una “construcción monumental de estilo más o menos gótico tratando de enriquecer (¡!) el conjunto artístico de la cabecera de la Catedral y Capilla Real”, o la de apostar por “una edificación discreta, de tipo popular y pintoresco, como la del derruido Colegio, sin pretensión alguna de monumentalidad”. Esta última opción es la que él decide adoptar, y proyecta la casa de los Sacristanes, cuyas reducidas proporciones contribuirán “por contraste, a subrayar el efecto de grandiosidad, fortaleza y magnificencia de la girola trazada por el gran Siloe”⁴⁰.

Las obras experimentaron diversos retrasos, entre otras razones porque se obligó a Torres Balbás a reducir la altura del edificio⁴¹. Uno de los que alentaba la polémica era el arquitecto Teodoro Anasagasti, que en su día elaboró un proyecto para el solar que fue rechazado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes⁴². Anasagasti había sido un arquitecto muy reconocido por Torres Balbás en sus escritos de juventud, pero este asunto los llevó a enfrentarse⁴³. Finalmente, la casa de los Sacristanes se concluyó con un aire vernáculo y reutilizando elementos procedentes del colegio de San Fernando, como las columnas del patio (fig. 5).

En paralelo Torres Balbás se encontró en la Alhambra con un conjunto monumental que venía sufriendo una notable presión turística. Para albergar hoteles, tiendas de recuerdos y estudios fotográficos en los que se posaba vestido de árabe, se habían rehabilitado algunas de las viejas viviendas de la calle Real, pero sobre todo se estaban levantando nuevas construcciones, algunas de cierta envergadura, como el neoárabe estudio de Linares al principio de la calle, y dos pensiones ubicadas al final de esta. El más exaltado detractor de esta situación era Manuel Gómez-Moreno Martínez, que fue quien presionó para que se expropiaran las casas que albergaban esos negocios. Las autoridades acabaron por darse por aludidas y en 1914, por iniciativa del marqués de la Vega Inclán, se iniciaron la expropiación y demolición de algunos edificios con la intención de permitir las excavaciones arqueológicas y facilitar una adecuada comprensión del conjunto histórico⁴⁴.

Torres Balbás continuó con esta política de expropiación y demolición, que como se ve era respaldada por adalides de la corriente antirrestauradora. Pero como su objetivo no era dejar en pie solo los monumentos árabes y renacentistas rodeados de ruinas arqueológicas, también restauró algunas viviendas que

muchos consideraban carentes de valor para darles un nuevo uso al servicio de los empleados de la Alhambra. Por ejemplo, al comienzo de la Calle Real había quedado una casa con una fea medianera tras el derribo del estudio fotográfico de Linares. Torres Balbás comprende que esta primera casa de la calle, situada en la plazoleta donde aparcen los vehículos, próxima a la iglesia de Santa María y al palacio de Carlos V, no puede presentar un aspecto tan lamentable, a la vez que estima que la calle Real es un elemento urbano esencial de la Alhambra que no puede suprimirse en aras de la arqueología. Así procede a remodelar con criterios pintorescos la que se dará en llamar casa de Miguel el Guarda, a la cual dota de una fachada de sabor



5



6

vernáculo con un pilar adquirido por la Alhambra bajo su recomendación y una reja volada⁴⁵ (fig. 6).

La forma de intervenir de Torres Balbás coincide en algunos aspectos con las intervenciones en el barrio de Santa Cruz del marqués de la Vega Inclán, pero su objetivo no es acentuar el pintoresquismo con la introducción de elementos costumbristas⁴⁶. El arquitecto no estaba de acuerdo con la creación de ambientes orientados a un turismo de masas superficial, sino que aspiraba a completar las lagunas con una arquitectura discreta y acorde con el *genius loci* de la ciudad, justo lo que Leonardo Benevolo recomendará en una ponencia para el ICOMOS en 1975⁴⁷.

LAS MURALLAS

En 1922 Torres Balbás publicó un apasionado artículo contra el derribo de las murallas en el que hacía un repaso de las destrucciones acaecidas en toda España en las décadas precedentes.

Las murallas “no caen de vejez ni las arruinan los temporales, derribanlas los Municipios como cosas viejas, inservibles y molestas”. Se les atribuye un estado de ruina, pero luego hay que “volarlas con dinamita para hacerlas desaparecer”. Aunque los alcaldes hablan de higiene y de mejorar la urbanización, en el fondo solo hay “incultura y mal gusto, ignorancia del pasado” y “prurito lugareño de copiar lo visto en la corte y en las grandes poblaciones”. Otras veces hay “bastardos intereses políticos y particulares”. Si se desea mejorar la higiene recomienda invertir en la conducción de aguas y el alcantarillado antes que en el derribo de torres y lienzos. Si se quiere facilitar el tráfico entre un centro histórico y su periferia no es preciso derribar las murallas y las puertas, “magníficos elementos de decoración monumental”, sino abrir en los lienzos los pasos necesarios. Además, preservar las murallas supone “proteger gratos paseos, resguardados y tranquilos”⁴⁸.

Las murallas fueron concebidas para estar despejadas, de ahí que en su caso, a diferencia de catedrales e iglesias, esté justificado demoler las casas a ellas adosadas. De Toledo destaca que su entrada por el puente de Alcántara “es de una belleza inexpresable, que podría aún acrecerse al limpiar y destruir los pegadizos de la vieja muralla”⁴⁹.

En 1933 Torres Balbás fue llamado para intervenir en la Alcazaba de Málaga, la cual tenía casas adosadas en ambas caras de la muralla y en la zona palaciega conocida como los Cuartos de Granada. La ley de 1926 había dado unas directrices claras en la prohibición de adosar edificios a murallas y fortalezas, y contemplaba la expropiación de las ya adosadas⁵⁰. Esta determinación fue reafirmada en la ley de defensa del patrimonio de 13 de mayo de 1933, dictada precisamente cuando iban a comenzar los trabajos en Málaga y muy influida por la Carta de Atenas, publicada dos años antes tras unas jornadas a las que Torres Balbás acudió como uno de los representantes de España⁵¹.

El arquitecto reunió testimonios que demostraban que las casas adosadas a la Alcazaba se empezaron a construir a mediados del siglo XIX, momento en el que el conjunto dejó de ser un enclave militar y se mudaron a él familias pobres⁵². El barrio, desprovisto de agua y alcantarillado, estaba “formado por más de cincuenta viviendas, miserables casuchas casi todas, construidas con ladrillos arrancados de los muros ruinosos y completadas con tablas y latas”. Tan pobres construcciones ocultaban la que a su juicio era la más importante fortaleza conservada de



7

al-Andalus, dotada de una imponente acumulación de obstáculos que solo tenía parangón con las construcciones militares de los cruzados en Siria⁵³ (fig. 7).

Tras unos primeros sondeos llegó a la conclusión que era posible convertir la Alcazaba, “hoy inmundada y miserable, en un conjunto de muros y torres de extraordinario valor artístico y pintoresco”⁵⁴, sin por ello reprimarla a un estado ideal borrando por completo la historia, algo que valorará como imposible y contraproducente⁵⁵. No obstante, solo tuvo tiempo para derribar algunas casas en los Cuartos de Granada y restaurar estas dependencias⁵⁶. Inhabilitado para el ejercicio de la arquitectura tras la Guerra Civil, fue consultado en varias ocasiones por su amigo el erudito Juan Temboury Álvarez, nombrado conservador de la Alcazaba de Málaga⁵⁷. Hasta 1941 estuvo al frente de las obras el arquitecto Fernando Guerrero Strachan, y desde ese año y durante tres décadas Francisco Prieto-Moreno Pardo, el cual firmó trece proyectos de intervención⁵⁸. Estos fueron los arquitectos que derribaron las casas adosadas a los lienzos y torres, proceder que Torres Balbás respaldó. Sin embargo, sí mostró su desacuerdo con el recrecimiento de las murallas, pues se reconstruyeron todas al mismo nivel e incluso en algunos tramos se pusieron almenas⁵⁹.

Algunos autores han reprochado a Torres Balbás unas labores de restauración excesivas de las que, en realidad, solo fue pleno responsable en la etapa republicana (Javier Ordóñez Vergara⁶⁰) o haber suprimido casas vernáculas en contradicción con sus ideas (Belén Calderón Roca⁶¹). Hay que insistir, no obstante, en que las casas de la Alcazaba de Málaga habían sido levantadas en un momento de abandono relativamente reciente, eran de muy pobre factura, estaban muy degradadas y entorpecían la comprensión de un conjunto militar de extraordinario valor histórico que había sido concebido para estar exento. Recordemos que Camillo Sitte, que tanto aboga por mantener las casas adosadas a los templos, nada dice sobre conservar las casas pegadas a las murallas. Torres Balbás no despreció los valores pintorescos de la Alcazaba de Málaga, pero en lugar de vincular estos con unas pobres viviendas que impedían ver la fortaleza musulmana, consideró que el pintoresquismo debía basarse en la orografía, el juego de volúmenes de las torres y en una vegetación oportunamente plantada. Ciertamente su actitud es análoga a la de Viollet-le-Duc en Carcassonne, donde suprimió las viviendas de artesanos adosadas a las murallas medievales. Pero la intervención de Viollet-le-Duc se ha cuestionado más por su reconstrucción de los chapiteles con tejas de pizarra que por la supresión de esas pobres casas⁶².



8

El mismo proceder que apuntó para la Alcazaba de Málaga lo elogió Torres Balbás en la Alcazaba de Badajoz, donde se desalojaron en 1938 unas viviendas miserables⁶³. El alcalde le pidió un informe en aquel mismo año, y más tarde el Ayuntamiento le solicitó un proyecto de restauración y plantación de jardines, aunque al quedar inhabilitado fue Félix Hernández quien lo reemplazó en unos trabajos que pronto languidecieron⁶⁴ (fig. 8).

EL ENSANCHE Y LA DESCONGESTIÓN DE LA CIUDAD HISTÓRICA

Torres Balbás lamenta que las ciudades medievales de pasado andalusí estén siendo modernizadas con mal criterio por “administradores y técnicos bárbaros e ignorantes”. Ciudades como Toledo, Córdoba o Granada fueron concebidas para un clima y un ritmo de vida diferente al de las grandes capitales septentrionales, pero ahora, “ignorando nuestra historia y renegando de nuestro espíritu”, son reformadas “con arreglo a la antepenúltima moda europea”. La misma modernización destructiva la observa en el Marruecos bajo dominio español, donde en lugar de levantar barrios modernos extramuros, que armonicen con las tradiciones del lugar, se trazan “calles rectas, manzanas regulares, casas horribles de cemento, de un estilo bárbaro, lleno de adornos pegados”. Melilla es un ejemplo lamentable de este

7 Alcazaba de Málaga (fotografía publicada por Torres Balbás en 1946 en *Ars Hispaniae*).

8 Torre albarrana de Espantaperros en la Alcazaba de Badajoz (fotografía publicada por Torres Balbás en *Artes almorávide y almohade*, 1955).

proceder. Tetuán se ha preservado mejor, pero el moderno barrio europeo es mediocre en sus condiciones higiénicas, en su trama con sus “calles nuevas, anchas y rectas, orientadas para que “las barran los fuertes vientos”. Además, las nuevas casas son de “pésimo gusto europeo”, con grandes ventanas por las que en verano entra un calor asfixiante. Todo esto lo contrapone a Francia, que sí ha sabido preservar las medinas en su protectorado marroquí, pues “encargó a uno de sus mejores especialistas la urbanización de las grandes ciudades”⁶⁵. En efecto, el mariscal Hubert Lyautey siguió en Marruecos una política urbana muy diferente a los drásticos y destructivos métodos que el barón de Haussmann había popularizado en París, pues puso al frente de la planificación al arquitecto Henri Prost, muy influido por Camillo Sitte⁶⁶. El mariscal, consciente de la fuerte idiosincrasia del pueblo marroquí, intentó ganárselo con un gran respeto hacia sus costumbres a la par que practicaba una gradual modernización del país acorde con los intereses franceses⁶⁷.

Con acertado criterio en “las grandes poblaciones del Marruecos francés se han construido ciudades modernas extramuros de las antiguas, respetando éstas en su total integridad”⁶⁸. Las ciudades antiguas y sus monumentos han sido objeto de una catalogación para determinar los criterios de intervención y redactar leyes que las protejan, imponiendo “servidumbres artísticas con un criterio grande de elasticidad, diferentes para cada lugar”. En el deseo de conservar no solo las ciudades sino sus tradiciones, en la restauración de los monumentos se utilizan artífices marroquíes que siguen aún las tradiciones constructivas medievales⁶⁹.

El mismo buen sentido que ve en las intervenciones francesas en ciudades marroquíes también se da en muchas ciudades europeas, donde para preservar “su ambiente medieval, orientarse el desarrollo hacia un ensanche fuera de ellas, procurando preservar su viejo aspecto”. Esto es lo que habría que hacer con Toledo, que a su juicio es la ciudad mejor conservada y más representativa de la España medieval gracias a que el “abandono de otros tiempos y las profanaciones modernas no han conseguido hasta el momento actual desfigurar mucho su ambiente secular”⁷⁰. Cuando en 1925 las autoridades se plantean construir un nuevo puente junto al puente de Alcántara, provocan una polémica. Para que el nuevo viaducto no desarmonice con el antiguo, algunos políticos y arquitectos proponen hacerlo en



9 El historicista Hotel Castilla en Toledo (postal antigua).

10 Obras de apertura de la Gran Vía de Granada (postal antigua).

9

estilo historicista. Sin embargo, Modesto López Otero, director de la Escuela de Arquitectura de Madrid, critica desde *El Sol* esta idea apuntando que el puente sería innecesario si se hiciera un ensanche de la ciudad. Y pide al menos que el nuevo puente se haga lo más oculto posible, sin más aspiración estética que aquella que “derive de su estructura”⁷¹.

Torres Balbás se suma a esta polémica con un extenso artículo en el que respalda los planteamientos de su amigo López Otero. En su opinión hay que estudiar las necesidades de Toledo y plantear un “ensanche separado de la ciudad antigua, bien conectado con ella, en dirección a la vega”. Es junto a ese ensanche que “debe realizarse el nuevo puente para ser más funcional”, pues el “turista llegaría al ensanche en automóvil y subiría andando a la plaza de Zocodover”. Esta es la modernización que “aconseja el sentido común”, una ciudad con dos núcleos diferenciados y complementarios, vivos y bien conectados:

No pedimos que la Toledo actual, el núcleo antiguo encerrado dentro del recinto murado, quede solitario y abandonado a modo de gran museo. Ello, a más de ser prácticamente imposible, haría de una ciudad viva un conjunto muerto, sin alma, desolado. Queremos únicamente que el crecimiento y las transformaciones modernas de la urbe se realicen fuera del antiguo núcleo toledano, para que, al mismo tiempo que esas necesidades del momento presente queden mejor atendidas, no se raje y destroce un conjunto urbano dotado de tal unidad y tan vibrante espíritu. Dejemos ya descansar el suelo de la ciudad, fatigado de servir de cimiento a tanta civilización como

en él se fué sedimentando, y construyamos nuestros modernos edificios sobre las tierras de labor de la vega, libres desde hace siglos de edificaciones. Queden en el núcleo milenario la Catedral y las innumerables iglesias y conventos, los museos, el pequeño comercio, los industriales y artífices que trabajan en sus viviendas como los de antaño, y construyamos en la vega barrios modernos, fábricas y escuelas, jardines y paseos⁷².

Para preservar el Toledo histórico hay que prohibir también las modernas construcciones de un pretendido estilo antiguo o toledano, tan desdichadas como el Hotel Castilla, edificio de estilo neorrenacimiento edificado en 1890 (fig. 9). Este mismo rechazo a la inserción de edificios con empaque monumental e historicista le lleva a descartar la posibilidad de que el nuevo puente sobre el Tajo adopte un lenguaje antiguo y pesado. En su opinión el viaducto debe realizarse lo más lejos posible del antiguo puente de Alcántara para evitar saturar y desvirtuar un lugar de gran belleza. Pero si esto no fuera posible, y siempre manteniendo una prudente distancia, el nuevo puente debería ser sencillo y moderno. Asegura que “Ingenieros y arquitectos son capaces, sin duda, de proyectar puentes bellísimos”. Y recomienda como solución discreta y funcional “una viga recta de hormigón cruzando el río, sin ornamentos”⁷³.

Muchos años después Torres Balbás se felicitaba de que la solución adoptada para Toledo fuera acorde con las recomendaciones dadas por Modesto Lopez Otero y él mismo, o sea, un ensanche en la vega y un puente distanciado de la ciudad histórica⁷⁴.

CONTRA LA APERTURA DE AVENIDAS EN LOS CENTROS HISTÓRICOS

Ya en 1918 condena el “mal gusto” de los ayuntamientos que “preconizan los grandes bulevares y las calles tiradas a cordel, rompiendo los barrios antiguos de nuestras villas”⁷⁵. Y un año después glosa un artículo aparecido en *La Esfera* en el que se critica la Gran Vía de Madrid como una “calle cosmopolita, sin carácter alguno”⁷⁶.

En sintonía con estos planteamientos hace un duro análisis del Plan de Oriol para la reforma interior de Madrid. Dicho plan tiene como preocupación central solucionar el problema del tráfico y lo hace tomando como modelo la reforma de Haussmann de París, proponiendo la apertura de una Gran Vía Diagonal en el tejido urbano antiguo⁷⁷. Estos viales responden, en opinión de Torres Balbás, a las propuestas de empresas y particulares que buscan mejorar su negocio. Frente a este planeamiento de tabula rasa rechaza “que una población vieja deba someterse a un trazado geométrico exclusivamente”, porque “es un organismo vivo y complicadísimo, en el que convendría adoptar todos los sistemas y las más diversas soluciones, una en cada caso particular”. Por ello, “toda reforma interior de poblaciones debe adaptarse a las peculiares disposiciones de éstas, con una gran elasticidad, con un mínimo de violencia para lo existente”. Es interesante que use aquí por primera vez en sus escritos la palabra “elasticidad”, que años después

será uno de los dos términos con los que defina su metodología como conservador de los monumentos (“eclecticismo y elasticidad”). La elasticidad exige romper con la obsesión por la calle recta como solución universal a todos los problemas urbanos. Una vía recta puede ser bella, pero «no lo son menos esas otras calles curvas y quebradas que permiten una gran variación de perspectivas”, gracias a las cuales podemos apreciar con más matices los edificios que las limitan”. Así, la “ciudad será tanto más atractiva cuanto más diversidad de aspectos presente». Sin embargo, en el proyecto de Oriol “trátase cruelmente a nuestra ciudad, y en vez de adaptarse en sus trazados al plano existente, es éste el que ha de acomodarse al proyecto”. Por ello el plan “destruye gran parte del Madrid silencioso y tranquilo” cuyos sencillos rincones habían “ido quedando al margen del bullicio actual de nuestra ciudad”⁷⁸.

Cuando en 1923 llega a Granada como arquitecto conservador de la Alhambra toma conocimiento de los estragos que había causado en la ciudad histórica la apertura de la Gran Vía, abierta entre 1895 y 1898 arrasando todo el corazón de la antigua medina⁷⁹ (fig. 10). Su indignación le lleva a publicar un extenso artículo con el elocuente título *Granada: la ciudad que desaparece*⁸⁰. En opinión de Torres Balbás la Gran Vía destruyó una de las “partes más típicas y bellas de la ciudad” para abrir “una calle recta de 822 metros de longitud y 20 de anchura”, una calle “sin perspectiva, ni carácter alguno”. Añade:



10

La ciudad vieja fué cortada por la titulada Gran Vía, con ignorancia y desprecio extraordinarios, sin atención alguna al carácter de la población, a su historia, a su clima, ni a su belleza. En esa vía monótona, fatigosa de andar, bordeada de altas casas con adornos de cemento y escayola, el sol quema en verano y el viento helado la barre en invierno⁸¹.

Como culpables de esta desafortunada operación urbana señala la “las estúpidas alineaciones municipales” y a “las gentes adineradas”, que prefieren “la monótona fealdad de la Gran Vía” al “barrio antiguo, rico en carácter y en rincones pintorescos. Lamenta el desprecio del cual es víctima ese arte popular que ha gestado los barrios, callejuelas y plazuelas de la ciudad histórica, “un arte humilde y callado, que pocos aprecian”, que se ha transmitido de generación en generación y “forma la verdadera personalidad espiritual de la urbe”⁸².

En su artículo contra la Gran Vía cita *Granada la bella* (1898) de Ángel Ganivet, libro “que debiera ser leído continuamente por los granadinos”⁸³. Tan efusiva recomendación se debe no tanto al contenido literal de muchas propuestas del malogrado escritor, como a la defensa del patrimonio que hace con una inusual fuerza expresiva. Torres Balbás había leído con mucha atención una compilación de escritos de Ganivet publicada por José García Mercadal bajo el título *Ideario español*. De ella hizo una extensa reseña en 1920 para la revista *Arquitectura* en la que comenzaba destacando que el tiempo ha hecho envejecer muchas de sus páginas, que le parecen añejas y de un estrecho provincianismo. No obstante, apunta que Ganivet poseía “una personalidad siempre interesante por su gran inteligencia, su curiosidad espiritual y la preocupación que tuvo por los problemas contemporáneos de la vida española”. Los aspectos que le interesan de Ángel Ganivet relacionados con la ciudad y la arquitectura son varios. Destaca su consideración de que la arquitectura gótica está concebida para ser vista de cerca y en contraste con edificios populares de pequeño tamaño, o sea, el rechazo implícito a aislar las iglesias góticas o convertirlas en punto de fuga de largas perspectivas. Sabe valorar la modesta arquitectura vernácula que acompaña a las construcciones monumentales, que ha formado a lo largo de los siglos calles quebradas más sugerentes que las modernas y monótonas avenidas rectas con inmuebles perfectamente alineados. Además, denuncia que los edificios de apartamentos de estas nuevas avenidas suponen la expulsión de los habitantes tradicionales del lugar, pues no pueden costearlos. Por ello, piensa Ganivet, no hay que poner el urbanismo solo en manos de técnicos ni dejarlo al albur de especuladores, sino que hay que recurrir a personas con criterios estéticos y psicológicos capaces de dar continuidad al espíritu secular de una ciudad, palpable sobre todo en la arquitectura de sus modestos habitantes⁸⁴.

En suma, destaca de Ángel Ganivet aquello que está más en sintonía con el pensamiento de Camillo Sitte, aunque no es-

tablece ninguna relación entre ambos autores ni hay constancia de que el escritor granadino leyera al tratadista austriaco. Sitte publicó su libro en 1889 en alemán, idioma que Ganivet, persona con gran facilidad para las lenguas, estudió con provecho. El libro de Sitte tuvo un notable éxito y no puede descartarse que Ganivet accediera a sus ideas principales al menos de forma indirecta, pues leía una gran variedad de prensa extranjera⁸⁵. Más probable es que se impregnara de un ambiente crítico con las reformas urbanas que, respaldado por pensadores tan influyentes como John Ruskin, había eclosionado a finales del siglo y estaba presente en una novela que le impresionó mucho, *Bruges-la-morte* (1892), de Georges Rodenbach, que trazaba una fascinante descripción de una ciudad parada en el tiempo⁸⁶.

Ecos muy literales del pensamiento de Ganivet pueden encontrarse en un artículo de Torres Balbás en el que lamenta la pérdida de los pilares granadinos por la irrupción del “grifo y contador” de las viviendas modernas⁸⁷. Pero más allá de este nostálgico préstamo del Ganivet más romántico y discutido⁸⁸, lo que a Torres Balbás interesa de su pensamiento es su amor, expresado con elocuentes palabras, por una ciudad transformada bruscamente y sin miramientos hacia su patrimonio histórico. Por lo demás, Torres Balbás no amaba una Granada anclada en el atraso, sino que creía en una modernización capaz de integrar el pasado con sus valores históricos y pintorescos. En su opinión habría sido preferible destinar los recursos invertidos en la “fea” Gran Vía a crear la red de aguas potables o el alcantarillado necesarios a una ciudad de cien mil habitantes⁸⁹. En 1928 escribía desde la ciudad francesa de San Juan de Luz a su amigo Antonio Gallego Burín: “¡Qué pena comparar esto con Granada! ¡Qué vitalidad y qué progreso continuo! No debía uno pasar la frontera para no entristecerse”⁹⁰.

CONCLUSIONES

Las tesis de Torres Balbás sobre la ciudad histórica son pioneras en la España del general Primo de Rivera y encontrarán eco en la legislación de la II República. Procedían de las enseñanzas estéticas que había recibido en la Institución Libre de Enseñanza, donde se rechazaba el urbanismo haussmanniano, y en especial de la lectura de Camillo Sitte. Considera el arquitecto madrileño que solo es posible conservar las ciudades históricas si la apartamos de las dinámicas cada vez más aceleradas de los tiempos modernos y las convertimos en barrios tranquilos. Deben de ser los ensanches los que asuman el crecimiento demográfico, los nuevos edificios institucionales o el incremento del tráfico. Así lo reivindica para Toledo, así lo admira del urbanismo desarrollado por los franceses en Marruecos.

La arquitectura histórica solo permanece viva si se encuentra en su emplazamiento original, rodeada del paisaje natural o arquitectónico en el que fue concebida. Por ello hay que evitar el

aislamiento de los principales monumentos, tales como las catedrales e iglesias, porque fueron creadas en relación a las casas que les rodean y su escala queda desvirtuada si estas desaparecen. También hay que conservar las murallas, allá donde existan, pues protegen la ciudad antigua, además de reunir valores históricos y pintorescos. Si son un obstáculo al tráfico, puede abrirse un arco, pero nunca derribarse el lienzo completo.

Alaba la belleza y escala humana de las calles estrechas y sinuosas, y condena el abuso en la realineación de calles, ya que no solo desvirtúan la trama urbana, sino que implican la desaparición tanto de edificios de carácter histórico-artístico como de la modesta arquitectura vernácula, que es reflejo del modo secular de construir de las clases populares. No obstante, establece una jerarquía de valores que implica que no todos los edificios pueden ser respetados. Tanto en sus criterios para la conservación de una ciudad como en las restauraciones de edificios que acometió, Torres Balbás apostó por una intervención en la que se priorizara lo de mayor valor histórico y artístico sobre lo de menor entidad. Por ello, aunque no hay que borrar la historia, sí que puede ser preciso suprimir elementos de escaso o nulo valor que entorpecen la comprensión y disfrute de lo relevante. En particular serían prescindibles las construcciones recientes y mediocres, como las casas adosadas a murallas que,

a diferencia de las iglesias, fueron concebidas para estar despedadas. Cuando interviene para solucionar una laguna producto de una demolición, apuesta por un lenguaje vernáculo acorde con el contexto para evitar que llame la atención.

La modernización de las ciudades históricas debía orientarse a la mejora de las condiciones de salubridad en las calles y en las viviendas, así como a la adecuada conservación de sus edificios y al cuidado de los rincones pintorescos, pero no aporta una metodología precisa de cómo acometer dicha modernización. Así, sus ideas sobre la conservación de la ciudad histórica, diseminadas en numerosos artículos, quedaron faltas de una exposición sistemática y propositiva. Probablemente en España nadie estaba tan bien preparado ni gozaba de tanto prestigio en el campo de la restauración como él. Por muchos conceptos era el equivalente hispano a Gustavo Giovannoni, pero mientras que este pudo mantenerse en puestos clave de gestión patrimonial pese a las tribulaciones políticas y bélicas de la primera mitad del siglo XX y dar a la luz su teoría del *diradamento*, Torres Balbás vio truncada por la Guerra Civil su brillante trayectoria como conservador del patrimonio. En suma, su inhabilitación contribuyó de manera decisiva a la interrupción que sufrió España en el desarrollo de la legislación y la teoría para la protección de las ciudades históricas.

• NOTAS •

- 1 J. Esteban Chapapría, *Rafael Torres Campos y Leopoldo Torres Balbás: una mirada común a la geografía y la arquitectura*, Universitat Politècnica de València, Valencia, 2016, p. 12.
- 2 S. Guerrero López, *La Institución Libre de Enseñanza y la arquitectura española de la Edad de Plata (1876-1936) (tesis doctoral)*, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid, 2016, pp. 753-754.
- 3 Dice Torres Balbás que Cossío dedicó “unas breves y exquisitas líneas” a una ciudad con una “significación única en Europa, de urbe en la que se encuentran las civilizaciones de Oriente y Occiden-

te, musulmanes, castellanos, judíos y francos, siendo ello resumen de nuestra patria, de las épocas de su historia y las variedades de su arte”. Reseña de *Les villes d'art celebres. Toledo* (1925) de Elie Lambert, en *Arquitectura*, n.º 70, febrero 1925. Esta reseña y otras que cito a lo largo del artículo, procedentes de la revista *Arquitectura*, fueron firmadas por Torres Balbás con las iniciales L. T. B., T. B. y T. Estas mismas iniciales las utilizó para firmar algunos de los 78 artículos que publicó en dicha revista, los cuales son adjudicados sin la menor sombra de duda a Torres Balbás por sus

biógrafos Julián Esteban Chapapría y Alfonso Muñoz Cosme, así como por el índice de la revista elaborado por Enrique Suárez en 1946 y publicado por la COAM en 1975. Torres Balbás fue el director y principal colaborador de la revista entre 1918 y 1923; tras marchar a Granada siguió siendo el responsable de la sección “Libros, revistas, periódicos” (un análisis de su decisiva colaboración en la revista puede verse en C. de San Antonio Gómez, *20 años de Arquitectura en Madrid: la edad de plata, 1918-1936*, Comunidad de Madrid, 1996). En la revista *Al-Andalus* volvió a usar las

iniciales T. y T. B. para firmar reseñas en la sección “Crónica arqueológica de la España Musulmana”.

- 4 R. Villares y J. Moreno Luzón, *Restauración y Dictadura*, Crítica y Marcial Pons, Barcelona, 2009, pp. 520-521.
- 5 La traducción al francés, que fue muy influyente en la reflexión urbanística española, era muy libre, pues daba al libro una orientación más medievalista, antibarroca y muy orientada a poner Francia como modelo. G. R. Collins y C. C. Collins, *Camillo Sitte y el nacimiento del urbanismo moderno*, Gustavo Gili, Barcelona, 1980, pp. 79-87 y V. Pé-

- rez Escolano, "La recepción española de Camillo Sitte", *Cuadernos de Arte*, XXIII, 1992, p. 484.
- 6 La megalomanía es uno de los principales reproches que hace a Le Corbusier cuando reseña, con sentimientos encontrados, *Vers une architecture* (L. Torres Balbás, «Tras de una nueva arquitectura», *Arquitectura*, 52, 1923, pp. 263-268). Véase el acertado análisis de esta cuestión que hacen J. Mateos Villayandre y M. Saravia, "Torres Balbás y la ciudad", *Anales de arquitectura*, 7, 1999, p. 155.
- 7 Así expresa Sitte sus objetivos: "nuestro propósito es analizar antiguas y modernas ciudades en sentido estrictamente técnico y artístico, para descubrir los motivos de agrupación que allí produjeron armonía y encanto, y aquí confusión y pesadez, utilizando su estudio para encontrar una solución que nos redima del sistema moderno de bloques de casas, salvar de la destrucción, en lo posible, las viejas ciudades y, finalmente, producir obras semejantes a las de los antiguos maestros (C. Sitte, *Construcción de ciudades según principios artísticos*, Canosa, Barcelona, 1926, p. 3). Paolo Sica, aun valorando el interés de su crítica hacia el urbanismo burgués decimonónico, considera que Sitte no ofrece alternativas operativas concretas para la ciudad moderna", en particular para los problemas de escala metropolitana (P. Sica, *Historia del urbanismo. El siglo XX*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1981, p. 46).
- 8 Reseña de *L'édifice et le milieu. Rapports entre les édifices et les éléments que leur sont extérieurs*, Editions Ernest Leroux, (1919) de Adolphe Derieux, en *Arquitectura*, n.º 34, febrero 1922, pp. 77-78.
- 9 En contraposición a las ideas de Paul Léon, muestra su interés por un artículo del arquitecto Louis Bonnier, "La reconstruction des villes détruites. Tradition ou pastiche" (*France Nouvelle*, mayo 1918), que apuesta por abandonar el historicismo y usar un lenguaje moderno, eso sí, evitando los contrastes para lograr armonizar en materiales, masas, luces y sombras con el ambiente. Reseña en *Arquitectura*, n.º 15, julio 1919.
- 10 Recoge esta cita de Paul Léon de marcado tinte nacionalista: "La restauración de nuestras aldeas debe ser una obra nacional, realizada con conocimiento del pasado, inteligencia del medio y respeto a las tradiciones. [...] La casa futura, en el esplendor de su renovación, debe observar piadosamente la imagen de la casa muerta, pues ésta, por humilde que fuese, reflejaba algunos de los eternos rasgos de Francia». Reseña del artículo "La renaissance des ruines-maisons, monuments", en *Arquitectura*, n.º 17, septiembre 1919, pp. 259-260.
- 11 La primera traducción de la obra de Camillo Sitte al italiano la hizo un alumno de Boito, Ugo Monneret de Villard. G. Zucconi, *L'invenzione del passato: Camillo Boito e l'architettura neomedievale 1855-1890*, Marsilio, Venezia, 1997, pp. 272-273 y 278.
- 12 J. Martorell, "La urbanización de Girona", *Arquitectura*, 46, 1923, pp. 29-30.
- 13 A. Muñoz Cosme, *La vida y obra de Leopoldo Torres Balbás*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2005, p. 29 y J. Esteban Chaparría, *Leopoldo Torres Balbás: un largo viaje con la Alhambra en el corazón*, Valencia, Pentagraf, 2012, pp. 104-107.
- 14 César Cort, que obtuvo el título de arquitecto en 1917 y fue pionero en los estudios de urbanismo, expuso en el congreso un trabajo sobre Ciudad Rodrigo. M. C. García González, *César Cort (1893-1978) y la cultura de su tiempo*, Abada, Madrid, 2018, p. 816.
- 15 Artículo firmado por A. López Baeza en *La Voz*, 26 diciembre 1926.
- 16 Dudo que Torres Balbás pudiera leer un libro italiano, aunque tuviera algunos en su biblioteca; el único idioma del que hay constancia que estudió, a parte del francés, es el árabe clásico. En las casi 350 reseñas que publicó en la revista *Arquitectura* brillan por su ausencia las dedicadas a publicaciones italianas; lo mismo ocurre en las muchas reseñas que publicó después en la revista *Al-Andalus*. Obviamente un texto corto como una carta es más o menos comprensible por la semejanza de las lenguas, pero no la lectura de obras extensas y complejas como *Vecchie città ed edilizia nuova*. Por otra parte, disiento de Belén Calderón que cree encontrar "trazas" de las enseñanzas de Giovannoni, aunque la correspondencia que la propia autora analiza es tardía y muestra una relación cordial, pero nada intensa (B. Calderón Roca, "Gustavo Giovannoni y la didáctica de la arquitectura. Recepción en España a través de Leopoldo Torres Balbás", *E-rph*, 19, 2016, pp. 113-115). Otros investigadores han preferido hablar de afinidades entre ellos derivadas de las tesis de Camillo Boito en el congreso de Roma de 1883 (F. J. Gallego Roca, "El pensamiento de Torres Balbás a través de las restauraciones de monumentos granadinos (1923-1935)", *Anales de arquitectura*, 7, 1999, pp. 138-150, p. 140 y A. Arjones Fernández, "Los Siete axiomas del Congreso de Roma (1883) a través del pensamiento crítico de Leopoldo Torres Balbás", *e-rph*, 17, 2015, pp. 69-70).
- 17 A juicio de Javier Rivera las cartas entre Giovannoni y Torres Balbás muestran una relación respetuosa pero fría. J. Rivera Blanco, "Tres restauradores de la arquitectura, Boito, Giovannoni y Torres Balbás: interrelaciones en la Europa de la primera mitad del siglo XX", *Conversaciones*, 4, 2017, pp. 163-164.
- 18 Entre 1939 y 1960 Torres Balbás dedicó numerosos trabajos al estudio de las ciudades andaluzas, que fueron compilados en un libro de descuidada edición por Henri Terrasse (*Ciudades hispano-musulmanas*, 1971). También se ocupó de las ciudades medievales cristianas, de las medinas marroquíes o de ciudades del renacimiento y el barroco como Alcalá de Henares o Madrid. En todas estas publicaciones, y en los informes que elabora para la Academia de la Historia, hay algunas reflexiones dispersas sobre el problema de la conservación de la ciudad histórica en las cuales encontramos una clara continuidad con las ideas mantenidas antes de la Guerra Civil.
- 19 El manuscrito está redactado en Madrid y tiene el tono de sus primeros artículos para la revista *Arquitectura*. Se titula "La arquitectura en los museos" y está encabezado como capítulo V y numerado con las páginas 35-37. Archivo Provincial de Murcia (en adelante APM), PSM 10225-085).
- 20 Añade: "Un museo de restos arquitectónicos sería una de las cosas más ilógicas que existen. Almacenar cuadros, estatuas, objetos de cerámica o cualquier otra cosa en las salas de un edificio es ya una idea absurda y antiartística, pero almacenar fragmentos de construcciones es más absurdo todavía". Y concluye: "Un museo de arquitectura no deberá componerse nunca más que de dibujos, fotografías, modelos y vaciados. No encerremos en ellos fragmentos de obras vivas que se hicieron para estar expuestos al sol y al aire". APM, PSM 10225-085.
- 21 APM, PSM 10225-085.
- 22 La cita de Romand Roland pertenece a *Colas Breugnon*. L. Torres Balbás, "La utilización de los monumentos antiguos", *Arquitectura*, 27, 1920, pp. 51-52.
- 23 L. Torres Balbás, "El aislamiento de nuestras catedrales", *Arquitectura*, 20, 1919, pp. 38-41. Este artículo de Torres Balbás está entre sus escritos más citados sobre los problemas de conservación de las ciudades históricas, véase por ejemplo A. Muñoz Cosme, "Leopoldo Torres Balbás y la teoría de la conservación y la restauración del patrimonio", *Papeles del Patal*, 6, 2014, p. 59.
- 24 L. Torres Balbás, "El aislamiento...", *op. cit.*, p. 39.
- 25 L. Torres Balbás, "Notas al margen del álbum de un arquitecto", *Arquitectura*, 10, 1919, p. 35.
- 26 L. Torres Balbás, "Los trabajos del pensionado Sr. Fernández Balbuena", *Arquitectura*, 33, 1922, p. 29.
- 27 L. Torres Balbás, "Los modestos rascacielos españoles y el proyecto de Banco Sobrinos de Pastor, en La Coruña", *Arquitectura*, 37, 1922, p. 210.
- 28 G. Fernández Balbuena, "Los rascacielos americanos", *Arquitectura*, 34, 1922, pp. 43-48.
- 29 L. Torres Balbás, "Los modestos...", *op. cit.*, p. 28.
- 30 L. Torres Balbás, "El Congreso de Historia del Arte (París, septiembre-octubre 1921)", *Arquitectura*, 33, 1922, pp. 17-18.
- 31 L. Torres Balbás, "Mientras labran los sillares...", *Arquitectura*, 2, 1918, p. 20. La propuesta que se desprende de sus reflexiones sobre la arquitectura vernácula, compartida por arquitectos como Teodoro Anasagasti, la ha definido Sofía Diéguez como "un regionalismo modernizado que tuviese en cuenta factores como el clima, los materiales de una región determinada, etc.". S. Diéguez Patao, *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*, Cátedra, Madrid, 1997, pp. 72-73.
- 32 Del texto, que fue premiado por el Ateneo, hizo una edición dentro del tomo III de la obra colectiva *Folklore y costumbres de España*, coordinada por Francesc Carreras y Candi (1931-1933), que conoció notable difusión. En esta extensa obra intenta hacer un inventario básico de las viviendas típicas españolas valiéndose de sus observaciones y de la escasa bibliografía disponible, dando lugar a lo que denomina una "síntesis prematura". L. Torres Balbás, "La vivienda popular en España", en *Folklore y costumbres de España, tomo III*, Casa Editorial Alberto Martín, Barcelona, 1946, p. 139.
- 33 L. Torres Balbás, "La vivienda...", *op. cit.*, pp. 142-143.
- 34 L. Torres Balbás, "Los edificios escolares vistos desde la España rural", en *Oficina técnica para construcción de escuelas*, Impr. de G. Sáez, Madrid, 1933, p. 70.
- 35 Un editorial de la revista A. C. denuncia que en las escuelas de arquitectura española: "Se cita aún a Henard y a Camillo Sitte y se discuten teorías desechadas por otras escuelas como inútiles, para resolver el caos de las ciudades de hoy" (A.C., n.º 13, p. 12). Según Víctor Pérez Escolano las ideas de Sitte se interpretaron en una línea conservadora para intervenciones pintorescas de aire medieval y teñidas del ambiente nacionalista que había en la arquitectura española de la época. Su manifestación más exitosa fueron las obras en Barcelona y Sevilla con motivo de las exposiciones internacionales de 1929. A partir de aquí la influencia de Sitte declinaría ante la llegada de ideas más modernas acordes con problemas tan apremiantes como el de la circulación (V. Pérez Escolano, «La recepción...», pp. 484-486).
- 36 En relación con los proyectos de escuelas rurales, los acusa de difundir "tópicos", de "presumir de modernidad", de "sectarismo técnico" y de comportarse como "fervorosos catecúmenos" de la última y vacua moda. Les reprocha haber caído en un formalismo importado sin sentido crítico, el cual elimina elementos arquitectónicos de probada validez funcional e impone soluciones poco prácticas. En suma, estos arquitectos se definen como "racionalistas" pero plantean una arquitectura estandarizada que es poco racional frente a los contrastados condicionantes que presenta España. L. Torres Balbás, "Los edificios escolares vistos desde la España rural", en *Oficina técnica para construcción de escuelas*, Impr. de G. Sáez, Madrid, 1933, pp. 71-72.
- 37 El colegio, construido en 1763, configuraba un rincón pintoresco que, como recordaba una publicación local indignada, había llamado la atención de artistas como Fortuny (*Granada Gráfica*, marzo 1922).
- 38 Carta dirigida al Comisario Regio de Bellas Artes, en el Archivo Histórico Provincial de Granada, Comisión de Monumentos, caja 1842-31.
- 39 El arquitecto manifestó su descontento

- ante este derribo ya consumado en la reseña de un texto de José Mora Guarnido, “Los atentados artísticos de la capilla Real de Granada” (*La Esfera*, n.º 480, 17 mayo 1923) en *Arquitectura*, n.º 62, junio 1924, p. 199.
- 40 *El Defensor de Granada*, 31 enero 1934.
- 41 Torres Balbás proyectó y empezó a levantar una casa más grande de la finalmente construida, a semejanza del colegio de San Fernando. La revista *Granada Gráfica* fue muy crítica con el “desproporcionado” edificio proyectado por Torres Balbás y se lamentó de que finalmente hubiera que “derribar la mitad del edificio ante el clamor del público, lo que “le costó unos cientos de miles de pesetas” al Estado. *Granada Gráfica*, enero 1933.
- 42 El proyecto de este arquitecto era inicialmente levantar un edificio con dos accesos independientes para que sirviera por separado a la Capilla Real y a la Catedral, pero lo exiguo del solar llevó a Anasagasti a pedir que el edificio tuviera un solo destino, lo que no gustó a las autoridades eclesiásticas. Véase M. A. López Rodríguez, *El Real Colegio Seminario de San Fernando de la Capilla Real de Granada*, Granada, Proyecto Sur, 1997, pp. 212-217.
- 43 Según Esteban Chapapría el desencuentro se inició cuando Anasagasti inició una campaña contra la retirada de los coros de las catedrales, y en particular de la granadina, culpando de ello al Conde de las Infantas, Director General de Bellas Artes, y a Torres Balbás. El Conde de las Infantas lo cesó de las obras que realizaba en la Capilla Real y puso en su lugar a Torres Balbás. J. Esteban Chapapría, *Leopoldo...*, op. cit., p. 117.
- 44 Para colmo las gestiones para adquirirlas fueron harto complejas. J. Álvarez Lopera, “La Alhambra entre la conservación y la restauración (1905-1915)”, *Cuadernos de Arte*, XIV, 1977, pp. 99-102 y 152-153.
- 45 Sobre estas obra, así como el derribo al final de la Calle Real de la pensión Alhambra y la pensión San Francisco, véase C. Vilchez Vilchez, *La Alhambra de Leopoldo Torres Balbás (obras de restauración y conservación, 1923-1936)*, Comares, Granada, 1988, p. 432.
- 46 En la reseña de un folleto sobre el barrio de Santa Cruz objeto a las intervenciones del marqués “que en ellas hay excesiva servidumbre al pasado artístico, tendencia que conduce inevitablemente al pastiche” (reseña de *El barrio de Santa Cruz de Sevilla ciudad-jardín*, 1919, de José Andrés Vázquez en *Arquitectura*, n.º 27, junio 1920, p. 199). Y una década después, lamentaría que el barrio es “cada día que pasa menos auténticamente viejo y un poco más de un pintoresquismo turístico” (reseña de *El barrio de Santa Cruz. Texto, estampas y dibujos*, 1929, de José Torre Revello, en *Arquitectura*, n.º 137, p. 297).
- 47 L. Benevolo, “La conservación de la ciudad antigua. Ponencia en la reunión de ICOMOS, 1975”, en *La ciudad y el arquitecto*, Paidós, Barcelona, 1985, pp. 93-95.
- 48 L. Torres Balbás, “Las Murallas que caen”, *Arquitectura*, 34, 1922, pp. 79-82.
- 49 L. Torres Balbás, “El nuevo puente de Toledo”, *Arquitectura*, 75, 1925, p. 156.
- 50 J. Castillo Ruiz, *El entorno de los bienes inmuebles de interés cultural*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 1997, pp. 126-130.
- 51 J. Esteban Chapapría, *Leopoldo...*, op. cit., p. 53.
- 52 También había varios pabellones militares, algunos todavía en uso, de los que ninguna publicación ha señalado posibles valores arquitectónicos. L. Torres Balbás, “Hallazgos arqueológicos en la Alcazaba de Málaga”, *Residencia*, 5, 1934, p. 91.
- 53 L. Torres Balbás, “Hallazgos arqueológicos...”, op. cit., p. 92 y L. Torres Balbás, *La Alcazaba y la catedral de Málaga*, Plus Ultra, Madrid, 1960, pp. 20-22.
- 54 L. Torres Balbás, “Hallazgos arqueológicos...”, op. cit., pp. 97-98.
- 55 L. Torres Balbás, “Excavaciones y obras en la Alcazaba de Málaga (1934-1943)”, *Al-Andalus*, IX, 1944, p. 300.
- 56 L. Torres Balbás, *La Alcazaba...*, op. cit., p. 40.
- 57 J. Esteban Chapapría, *Leopoldo...*, op. cit., pp. 227 y 239-242.
- 58 J. Ordóñez Vergara, *La Alcazaba de Málaga: historia y restauración arquitectónica*, Universidad de Málaga, Málaga, 2000, pp. 288-300.
- 59 J. Ordóñez Vergara, *La Alcazaba...*, op. cit., pp. 22-23.
- 60 J. Ordóñez Vergara, *La Alcazaba...*, op. cit., p. 97.
- 61 “Su afán por rescatar el monumento de su degradación física y social, le obligó a situarse ante la disyuntiva que originaba enfrentarse a dos tipos de edificaciones históricas: la fortaleza árabe y los edificios adheridos al monumento, que configuraban un perfil típico de arquitectura vernácula decimonónica malagueña. Finalmente, la inaceptación y el descrédito atribuido por la misma sociedad a la arquitectura popular, le llevó a decantarse por el estilo hispanomusulmán, restos que a su juicio constituían los de mayor antigüedad y de mejor conservación, para tratar de «hacer algo pintoresco y agradable»” (B. Calderón Roca, “El valor de lo «pintoresco». Aproximación al método axiológico empleado por Leopoldo Torres Balbás en su intento por historiar la arquitectura vernácula”, *Norba-Arte*, XXX, 2010, pp. 195-196). Sin embargo, esta autora en artículos posteriores realza la figura de Torres Balbás, que actúa de manera análoga a Giovannianni, que también liberó edificios monumentales de construcciones parasitarias (B. Calderón Roca, “Gustavo Giovanni...”, op. cit., pp. 110-111).
- 62 Una crítica a Viollet-le-Duc y su intervención en Carcassonne en J.-M. Leniaud y Jean-Michel, *Viollet-le-Duc ou les délires du système*, Mengès, París, 1994, pp. 6 y 75.
- 63 Califica la labor de este alcalde en la ciudad como “magnífica”. Carta fechada el 21 enero 1938, en F. J. Gallego Roca, *Epistolario de Leopoldo Torres Balbás a Antonio Gallego Burín*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 1995, p. 144. Reafirma esta opinión en un extenso artículo que dedica a dicha alcazaba (L. Torres Balbás, “La alcazaba almohade de Badajoz”, *Al-Andalus*, VI, 1941, p. 275).
- 64 J. Esteban Chapapría, *Leopoldo...*, op. cit., pp. 163-168 y 236-238.
- 65 L. Torres Balbás, “La arquitectura española en Marruecos”, *Arquitectura*, 49, 1923, pp. 140-142. Su admiración por la labor de Francia en Marruecos ya la había manifestado en un temprano texto: “En estos cuatro años de guerra, Francia ha seguido trabajando febrilmente en Marruecos, estudiando el país, desarrollando sus industrias, sus vías de comunicación, tratando de atraerse al elemento indígena y de incorporar en resumen al viejo imperio a la vida civilizada”. Reseña de “Au Maroc. Volubilis et Mouley Idriss” (*L'Opinion*, n.º 35, 31 agosto 1918) de Berthe Georges Ganlis, en *Arquitectura*, n.º 7, septiembre 1918, p. 214.
- 66 A. Bertoni, “Henri Prost e la città coloniale nel Marocco francese, 1914-1923”, *Storia urbana*, 24, 2000, pp. 47-52.
- 67 J. A. González Alcantud, *Historia colonial de Marruecos (1894-1961)*, Almuzara, Córdoba, 2018, pp. 254-255.
- 68 L. Torres Balbás, “El nuevo puente...”, op. cit., p. 155.
- 69 Reseña de “Rapport sur la défense des villes et la restauration des monuments historiques”, por E. Pauty en las actas del *Congres d'Institut de Hautes Études Marocaines* (París, 1922), en *Arquitectura*, n.º 66, octubre 1944, p. 304.
- 70 L. Torres Balbás, “El nuevo puente...”, op. cit., pp. 154-155.
- 71 Modesto López Otero, “El nuevo puente sobre el Tajo”, *El Sol*, junio 1925.
- 72 L. Torres Balbás, “El nuevo puente...”, op. cit., p. 156.
- 73 L. Torres Balbás, “El nuevo puente...”, op. cit., pp. 154-159.
- 74 L. Torres Balbás, “Por el Toledo mudéjar”, *Al-Andalus*, XXXIII, 1958, p. 440.
- 75 L. Torres Balbás, “Los Monumentos históricos y artísticos. La desorganización de sus servicios”, *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, 42, 1918, p. 1.
- 76 El artículo que glosa no está firmado: “Los aspectos del nuevo Madrid” (*La Esfera*, n.º 182, 24 mayo 1919), en *Arquitectura*, 14, junio 1919, p. 174.
- 77 Para los planes de reforma interior y de ensanche exterior que se elaboran en esos años véase C. Sambricio, L. Maure y J. M. Ezquiaga, *Madrid, urbanismo y gestión municipal, 1920-1940*, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 1984, pp. 19-39.
- 78 L. Torres Balbás, “El proyecto de reforma interior en Madrid del Sr. Oriol”, *Arquitectura*, 30, 1920, pp. 289-290. Juan Mateos y Manuel Saravia consideran “muy deficiente” el proyecto de Oriol y dan la razón a las críticas: “En una mentalidad tan escasamente proclive a la banalización como la suya, no es extraño que Torres Balbás plantease como uno de los principales problemas de los trabajos urbanísticos su complejidad. Y tampoco debe sorprender su enfado al ver cómo el Sr. Oriol simplificaba drásticamente las cuestiones”. J. Mateos Villayandre y M. Saravia, “Torres Balbás...”, op. cit., p. 153.
- 79 Para el trazado y ejecución de la Gran Vía véase R. Anguita y A. Isac, *La Gran Vía de Granada: proyecto urbano y arquitectura, 1890-1933*, Comares, Granada, 2020, pp. 49-70. Estos autores también recogen dos proyectos presentados por Torres Balbás en 1927 y 1928 para un edificio que no llegó a construirse destinado a Caja de Previsión Social de Andalucía Oriental. Ambos proyectos son de un estilo ecléctico acorde con el de la mayoría de los edificios edificados en los treinta años precedentes (véase el análisis formal que los citados autores hacen en pp. 209-213). Una catalogación de los edificios destruidos por la apertura de la avenida y las calles transversales en J. M. Barrios Rozúa, *Guía de la Granada desaparecida*, Comares, Granada, 2006, pp. 200-223.
- 80 El artículo, publicado en la revista *Arquitectura*, ha sido objeto de dos reediciones facsímiles con sendas introducciones a cargo de Javier Gallego Roca (Escuela Técnica Superior de Granada, sin fecha) y Carlos Vilchez Vilchez (Secretos de Granada, 2019). Véase también una valoración de este texto en A. Isac, “La ponencia de D. Leopoldo Torres Balbás en el VIII Congreso Nacional de Arquitectos de 1919”, *Cuadernos de Arte*, XX, 1989, pp. 195-210.
- 81 L. Torres Balbás, “Granada: la ciudad que desaparece”, *Revista de Arquitectura*, 53, 1923, p. 313.
- 82 L. Torres Balbás, “Granada...”, op. cit., pp. 306-307 y 317.
- 83 L. Torres Balbás, “Granada...”, op. cit., p. 316.
- 84 Reseña de *Ideario* español, compilación de textos de Ganivet realizada por José García Mercadal (Biblioteca Nueva, 1920), en *Arquitectura*, n.º 25, mayo 1920, pp. 140-142.
- 85 A. Gallego Morell, *Ángel Ganivet, el excéntrico del 98*, Albaicín, Granada, 1965, pp. 72-73 y 118-120.
- 86 J. Calatrava y A. del Cid, “Bruges-Granada: morte e bellezza alla fine dell'Ottocento”, en *La città globale*, AISU, 2021, Bolonia, pp. 1-6.
- 87 L. Torres Balbás, “Las fuentes de Granada”, *Arquitectura*, 127, 1929, p. 420.
- 88 Muy críticos con la dimensión “romántica” y antimoderna de Ganivet se muestran R. Anguita y A. Isac, *La Gran Vía...*, op. cit., pp. 223-232. Por el contrario, José Antonio González Alcantud apunta que “Ganivet en el fondo es un creyente en el progreso, pero no participa de sus concepciones simplificadas, sino que apuesta por lograr un «progreso estético-cultural» (Introducción a A. Ganivet y M. de Unamuno, *Granada la bella. Mecanópolis*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2011, p. 27).
- 89 L. Torres Balbás, “Granada...”, op. cit., p. 318.
- 90 Carta fechada el 5 septiembre 1928, en F. J. Gallego Roca, *Epistolario...*, op. cit., p. 63.